



EL SOUVENIR DE FLORENCIA

Roberto Salas García

Seis pares de ojos estaban clavados en la batuta de Augusto. O, como él prefería que le llamasen, Don Augusto Clémez-Abrante de Terló y Burment. Un nombre que le recordaba épocas en las que la alcurnia todavía significaba algo y en las que todo sucedía con más calma, sin el atropello de las nuevas tecnologías. Épocas en las que la música se escuchaba con atención y se atesoraba en la memoria. Augusto tenía setenta y seis años, un frac para dirigir orquestas y un perro obeso que le había dejado su mujer cuando cumplió la amenaza de irse a vivir con su hermana a Lanzarote. En realidad la casa destilaba ahora una agradable paz para la extraña pareja. Vito no se oponía nunca a los extenuantes ensayos de Augusto, y éste a su vez siempre se alegraba

cuando era interrumpido por dos ladridos cortos, la señal para salir a dar un paseo alrededor de la manzana.

El Director, de pie en el estrado, sonrió para sí al recordar a su amigo peludo. Tres golpes en el borde del atril y las cuerdas de los seis mercenarios que tenía delante se tensaron sobre los instrumentos.

El sexteto de cuerda del Ayuntamiento de Abejo Bajo estaba compuesto por músicos profesionales que no podían vivir sólo de la música, de modo que durante la semana trabajaban en oficinas, comercios, escuelas... Un grupo heterogéneo con un alto índice de rotación, que Augusto no conseguía detener por la falta de interés de la Concejalía de Cultura. Hubiera bastado con incrementar hasta el nivel de la decencia el ridículo salario de sus intérpretes.

Y como no podía desahogarse con el Concejal, lo pagaba con los pobres músicos, que hacían lo imposible por asistir concentrados a los ensayos de tarde. Si Augusto soñaba con músicos a tiempo completo, los seis que ahora tenía delante soñaban con la pronta jubilación de su exigente maestro.

El concierto de hoy iba a comenzar con *El Souvenir de Florencia* de Tchaikovsky. Perfecto para la resonancia de la planta central del mercado de Cieza, Murcia. Perfecto para la situación del sexteto de cuerda, a punto de quedar descabezado, porque es una obra que no necesita director. Era un ejercicio para leer entre líneas, quizá fuera el último concierto que diesen si la Concejalía mantenía su falta de apoyo a la música clásica.

En contraposición, la renovación del mercado de abastos y el ambiente festivo del público, que había visto recuperado uno de los edificios emblemáticos de la capital de la comarca de la vega alta del Segura. Si esas paredes hablasen y contasen lo que habían visto desde 1929, muchas páginas podrían llenarse. Pero esta mañana, lo que aparecía lleno era el mercado, convertido en sala de conciertos por un día.

Ni Tchaikovsky ni Augusto querían esperar más. La batuta exigió al primer violín que arrancase y las cuerdas se estremecieron con la repentina caricia del arco de Janine. La esbelta señorita provenía de un país que había pertenecido a la Unión Soviética y la música clásica había sido su compañera durante toda la vida. De los seis músicos, era la única que vivía enteramente de tocar, aunque en distintas orquestas y formaciones. Los jueves, su día favorito de la semana, hacía hincar la rodilla a bandas de rock cuyos ritmos convertía en música de violín en un café que abría casi hasta el amanecer.

El Corto Maltés era un sitio de esos que sientes como propio casi desde el momento en que entras por primera vez. Todos pensaban al cruzar la puerta: “si alguna vez montase un bar, sería como éste”. Era inevitable. Buena gente, buena barra y la iluminación perfecta. Una luz como la del atardecer inunda cada rincón y deja en penumbra lo que debe esconderse como un secreto. Los jueves por la noche, lo único claramente iluminado en El Corto eran Janine y su violín, diseccionando con elegancia el Saint

Anger de Metallica. Allí sabían que cuando ella tocaba no había hora de cierre, porque eran sus cuerdas las que marcaban el fin de la jornada.

En ese café conoció a Esteban, un camarero de treinta y dos años con un bigote rebelde y asimétrico. Violinista también, pero sin la chispa que lleva a las personas -a algunas personas- a luchar por sus sueños. Un día en el que Janine brillaba especialmente con una versión de los *Black Crowes*, él se decidió a sacar su violín y acompañarla. Los cuatro gatos que quedaban en el bar asistieron sin saberlo al único acto de valentía del que sería capaz Esteban en toda su vida. Hay personas que nacen para obedecer, para seguir la norma. La estructura les calma, no es malo ni bueno, es una de tantas formas de vivir, y Esteban no solía tomar la iniciativa ni sumarse a nada que no estuviese preparado minuciosamente de antemano. Pero Dios, ¡cómo disfrutó! A menudo recordaba esa comunión de violines sobre el escenario y sentía que no era él mismo, sino algún otro que no necesitaba pautas ni certidumbre. Y Esteban era, por un momento, libre de sí mismo. No es necesario enumerar las ocasiones en que se recuerda la actuación en El Corto, basta decir que es conversación bastante habitual y que muchos siguen esperando otro duelo como el que vieron en aquella ocasión.

Quienes sí eran valientes sin medida eran los gemelos Yu. Y despistados. Una combinación extraña. Los gemelos Yu eran dos muchachos nigerianos de catorce años que habían sido adoptados por una pareja que se conoció en una reunión internacional de bailarines de tango. Esa casa era una verdadera nube de amor, creatividad, alegría e ilusión por el futuro. Steven Yu era un joven profesor de la única academia de tango de Shenzhen. Se enamoró locamente de María, una murciana autodidacta que tenía dos medallas de oro de concursos internacionales de baile, y se quedó a vivir en España con ella. La adopción vino con la aleatoriedad que llenaba ese hogar, donde las fronteras y la rutina brillaban por su ausencia. El virtuosismo de los chavales con las violas... bueno, era algo casi lógico en ese entorno. Los gemelos Yu estaban destinados a hacer algo grande y lo sabían. ¿Qué podría oponer-

se a unos hermanos negros con apellido chino y criados en Murcia?, ¿qué muros no caerían ante sus gigantescas sonrisas y el desparpajo con que bailaban tango entre sus imposibles estadísticas? Se sentaban siempre juntos en los ensayos y demostraban un equilibrio exquisito entre la serenidad de sus interpretaciones y el torbellino de energía que desplegaban en los descansos. Al fin y al cabo, eran niños.

Javier no podía dejar de reír cuando hablaba con los gemelos. Y el chelo saltaba en su hombro como un atún sobre las olas. Había sido pescador, pero ahora sólo salía con su barca a ver atardecer y a tocar para el mar. Se sentía en deuda con él por los años en los que le había dado de comer cuando la música no había podido. Y tocaba durante horas, hasta que los movimientos de las cuerdas y las olas eran uno solo.

Muchas veces el mar le había perdonado la vida, dejando cicatrices que eran un recordatorio de que navegar y pescar sucedían sólo porque él lo permitía. ¿O ella? Javier nunca supo si el mar tenía género y eso que hablaban mucho, a su manera. Con piezas lentas cuando el viento y las olas pedían calma, con furia cuando la superficie era un espejo que necesitaba despertar. Javier sabía que el mar le amaba, aunque era un amor pasajero, porque los años de nuestros calendarios son fracciones ridículas del tiempo que gasta el mar. El mar solo ama de verdad a la tierra, y cuando ésta le habla con montañas; él contesta con simas. Es un amor entre iguales y eso a Javier, tocando para el mar en su barca, le daba cierta envidia. La barca se llamaba Tchaikovsky, qué coincidencia.

No había, sin embargo, ninguna coincidencia en que Eva tocase como segundo chelo en el

sexteto. Cuando era muy pequeña había visto en el teatro a Don Augusto -como ella le llamaba- dirigir una orquesta. Vivaldi llenó sus oídos esa tarde y su vida para siempre. Eva abrió temprano la sastrería y en las dos horas que cerraba para comer, tocaba su chelo imaginando que pertenecía a aquella orquesta que no podía olvidar. Todos los años se presentaba a las pruebas de la Orquesta Nacional, siempre con la misma ilusión. Sabía que cada vez estaba un poco más cerca de lograrlo, incluso había visto a algunos de sus futuros compañeros asentir al oír la interpretación de las piezas del examen.

En la sastrería, la máquina funcionaba al compás de Mozart y los clientes siempre salían pensando que quizá aquél fuese el último abrigo o la última falda que cosiese Eva antes de dedicarse por completo a la música. La voluntad que muestran algunos tiene la capacidad de convencernos de que su destino está escrito. Hilos y pentagramas se confundían en la mesa de corte y unos dedos tan hábiles con las cuerdas como con la aguja se movían delicadamente por telas y cuadernos llenos de corcheas. Eva era música en todo lo que hacía. Augusto miró a Eva, sonrió y asintió. Deseaba con toda su alma que este año les dejase para unirse por fin a la Orquesta Nacional. El director quería a todos sus músicos como a sus propios hijos sonoros; pero en secreto, sin fisuras que lo demostrasen para que no se quebrase su autoridad. Ya era hora de dejarlos marchar a todos. El Souvenir de Florencia parecía una buena obra para despedirse, y el renovado mercado de abastos de Cieza, el lugar perfecto para dejar paso a un futuro que siempre pertenecerá a los que vienen.

Ilustración: Pablo Moncloa

